

SAN JOSÉ DEL EVANGELIO, RUEGA POR NOSOTROS

**Carta Pastoral con ocasión del Año de San José
en la Archidiócesis de Toledo**



FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo, Primado de España

**Mons. Francisco Cerro Chaves,
Arzobispo de Toledo y Primado de España**

San José del Evangelio, ruega por nosotros

**Carta Pastoral con ocasión del Año de
san José en la Archidiócesis de Toledo**

Toledo, 2021

Con licencia eclesiástica

Depósito Legal: TO 14-2021

Impreso en España

Printed in Spain

Sumario

San José del Evangelio, ruega por nosotros. Año de San José en nuestra Archidiócesis.

Mons. Francisco Cerro Chaves.

Los siete domingos de San José. Camino de preparación al acto de encomienda de la Archidiócesis de Toledo al Patriarca San José.

I Domingo: 31 de enero de 2021. El Patrocinio de San José sobre toda la Iglesia.

II Domingo: 7 de febrero de 2021. La Paternidad Espiritual de San José.

III Domingo: 14 de febrero de 2021. San José, Casto Esposo de María.

IV Domingo: 21 de febrero de 2021. Justicia y Santidad de José.

V Domingo: 28 de febrero de 2021. San José, Custodio del Redentor.

VI Domingo: 7 de marzo de 2021. Los silencios de san José.

VII Domingo: 14 de marzo de 2021. La devoción a san José.

Carta Apostólica *Patris corde* del Santo Padre Francisco con motivo del 150.º aniversario de la declaración de san José como Patrono de la Iglesia Universal.

Decreto de la Penitenciaría Apostólica.

San José Patrono de la Iglesia Universal. En el 150.º aniversario de la proclamación de su patrocinio.

Mons. Francisco Cerro Chaves

Oración a San José para poner bajo su protección a la Archidiócesis de Toledo.



San José del Evangelio, ruega por nosotros

Año de San José en nuestra Archidiócesis

El pasado 8 de diciembre el Papa Francisco convocó un “Año de San José” con motivo del 150 aniversario de la proclamación por parte del Beato Pío IX de San José como patrono de la Iglesia Universal.

Unos días antes os enviaba una carta en la que hacía memoria de este acontecimiento eclesial ofreciendo unas claves para que nos ayudaran a la contemplación e imitación de San José tal como nos lo presenta el Evangelio.

Ahora, con motivo de la preciosa iniciativa del Papa Francisco con este “Año de San José” quería invitar a toda la archidiócesis a poner la figura e intercesión del “Custodio del Redentor” en el corazón de nuestra vida diocesana.

La convocatoria del Santo Padre se realiza en medio del curso pastoral ya programado y con el año jubilar de Guadalupe que también estamos celebrando en nuestra archidiócesis.

Mi deseo, por tanto, no es tanto ofrecer más actividades sino el de animar a que el modelo y la intercesión de San José

acompañe espiritualmente toda la pastoral de nuestra archidiócesis, en las parroquias, movimientos apostólicos, delegaciones diocesanas...

Para ello os invito especialmente a leer y reflexionar en vuestras comunidades religiosas, parroquias, familias y movimientos y asociaciones con la carta Apostólica del Papa “Patris Corde”. En esta carta encontramos todo un programa de vida, siguiendo el ejemplo de San José, para nuestra misión como cristianos en este momento de la historia que nos ha tocado vivir.

También a través de la Penitenciaría Apostólica se nos han propuestos múltiples caminos a través de los cuales podemos beneficiarnos, tanto nosotros como las almas de purgatorio, del “canal de gracia” que la Iglesia ofrece para este Año de San José.

Para comprender el significado de un Año dedicado a San José os invito a poner la mirada en la imagen colosal del cuadro del Greco “San José y el Niño” que se conserva en la capilla dedicada al Santo en nuestra ciudad. Contemplando este bellísimo cuadro se nos presentan tres aspectos sobre el Custodio del Redentor que pueden llenar de sentido espiritual las diversas propuestas que por parte del Papa se nos ofrecen para este año de gracia. Os ofrezco también, junto a esta contemplación, unos signos concretos para ayudaros a vivir este Año de San José en nuestra archidiócesis:

1.- **San José aparece como caminante**, lleva en su mano derecha un largo bastón que, parece servir al tiempo de bastón de caminante y de cayado o báculo pastoral. San José sabe de caminos. El camino que recorrió en el evangelio fue junto a María el camino de la fe. Nos dice Mateo que fue “hombre justo”. Y “justo” como dice San Pablo es “el que vive de la fe”. El “creyó contra toda esperanza” en medio de las pruebas y dificultades

que le salieron al paso, obedeciendo con docilidad y premura a la palabra del Señor que le habló principalmente en los sueños. San José camina con nosotros y como nosotros en medio de las pruebas y dificultades de la vida. Y además sale al paso de todos aquellos que en la encrucijada de la historia se encuentran solos o afligidos; por el sufrimiento, las carencias espirituales o materiales.

San José como “maestro de la vida interior” se hace encontradizo en nuestro caminar diario. La Penitenciaría Apostólica nos invita a que caminemos con San José en nuestra vida ordinaria: ofreciendo nuestro trabajo y actividades diarias al Santo Patriarca, rezando alguna oración aprobada a San José durante el día, meditando treinta minutos el Padrenuestro, dedicando un día de retiro a considerar algún pasaje evangélico de la vida de San José, especialmente los 19 de cada mes.

La preocupación por los pobres y necesitados, a los que San José nos invita a acompañar, la podemos expresar realizando alguna obra de misericordia espiritual o corporal mediante la que también nos podremos beneficiar de la indulgencia “jubilar”.

San José camina cerca de los que trabajan, como modelo e intercesor. Por esto la Iglesia nos invita a pedirle al “carpintero de Nazaret” para que los desempleados encuentren un trabajo digno.

2.- **San José protector y guía.** Vemos en el cuadro como el santo patriarca al encorvar su extremo superior, nos señala la doble dirección material y espiritual que, en virtud de sus excepcionales méritos, presta al Niño que se arrebujaba en su cuerpo de padre bondadoso, buscando y reconociendo su protección.

En una ocasión oí a una psicóloga decir que la figura del padre es como el faro que guía al barco en medio de la tormen-

ta de la mar. El niño que tiene un padre que le quiere y que le alimenta, el entendimiento con los criterios y el corazón con el afecto, siempre sale adelante en la vida, a pesar de las tempestades que puedan asaltarle en el camino. San José es protector y guía de la Familia de Nazaret. Con él, Jesús y María se sienten seguros. Si hay una institución que necesita particular protección y cuidado en estos momentos de zozobra y desconcierto es la familia. Pienso especialmente en las familias y en los novios de nuestra archidiócesis, con todas vuestras inquietudes, ilusiones y necesidades y os invito a confiaros a la protección de San José. Mediante el rezo del Rosario en familia y también por parte los novios comprometidos. Hermosa propuesta de la Penitenciaria Apostólica para este Año de San José.

3.- **San José y nuestra ciudad y archidiócesis de Toledo.**

En el lienzo destaca al fondo, la torre de la catedral, corazón de nuestra vida diocesana congregada en torno al obispo. La imagen que contemplamos en el cuadro del Greco es expresión del cariño que ya se tenía en nuestra ciudad a San José. El paso de Santa Teresa por nuestras tierras dejó una huella profunda de devoción al Santo Patriarca expresado en este cuadro, que se realizaría poco tiempo después del paso de la “santa andariega” por nuestra ciudad.

Con el deseo que la Protección de San José siga siendo una enseñanza espiritual para nuestra ciudad y archidiócesis y se haga ahora más patente en el momento concreto de nuestra historia, me parece oportuno ofreceremos algunas propuestas sencillas y concretas:

- Señalar como lugares de gracia especial las parroquias de nuestra archidiócesis cuyo titular es San José: la parroquia de **San José Obrero de Toledo** y la del **Patrocinio de san José en Talavera de la Reina**, así como la parroquia de

“San Mateo” de Gerindote, donde su fiesta tiene notorio arraigo. También incluimos como santuarios peculiarmente bendecidos otros lugares de significatividad especial: los **conventos de madres carmelitas de Talavera, Toledo, Yebes y Consuegra**; además de la **residencia de ancianos de las Hermanitas de los Pobres en Talavera** y el **Colegio “San José” de Fuensalida**.

- Celebrar una **Vigilia vocacional en todas las parroquias** de nuestra diócesis con motivo de la **fiesta de San José** pidiendo por nuestros Seminarios y las vocaciones al sacerdocio, con ocasión de la campaña vocacional.
- Celebrar con Solemnidad una Misa en honor de todos los trabajadores en la **fiesta del 1 de mayo** en allí donde sea posible.
- **Simposio “Id a José”** organizado por el Instituto del Corazón de Cristo y el Instituto Teológico San Ildefonso, en colaboración con las diversas Delegaciones, los días 18-19 de Junio con diversas conferencias, mesas redondas y actividades culturales.

El momento culminante de todo este Año será **el día de San José 19 de marzo** en el que realizaremos **un acto en el que yo como pastor diocesano y todos los sacerdotes desde sus parroquias y comunidades, así como los padres de familia, los superiores y superiores religiosas encomendaremos a la protección de San José a nuestra archidiócesis de Toledo**. Deseo que este acto esté precedido por una preparación adecuada a lo largo de los 7 Domingos precedentes a la fiesta de San José pudiendo hacer uso del material que os ofrecemos.

El Papa Francisco en su carta “Patris Corde” concluía invitándonos a pedir a San José “el mejor de los milagros, nuestra propia conversión”. Así se lo pedimos con toda confianza a

AÑO DE SAN JOSÉ EN NUESTRA DIÓCESIS

aquel de quien decía Santa Teresa: “No me acuerdo hasta hoy de haberle suplicado nada que no me lo haya concedido”.

Con mi bendición y afecto:

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
y Primado de España

Los siete domingos de San José

Camino de preparación al acto de encomienda de
la Archidiócesis de Toledo al Patriarca San José

I Domingo: 31 de enero de 2021

El Patrocinio de San José sobre toda la Iglesia



Oración Inicial

A ti, bienaventurado san José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu santísima esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio.

Con aquella caridad que te tuvo unido con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y por el paterno amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su Sangre adquirió Jesucristo, y con tu poder y auxilio socorras nuestras necesidades.

Protege, oh providentísimo Custodio de la divina Familia, la escogida descendencia de Jesucristo; aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios. Asístenos propicio desde el cielo, en esta lucha contra el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo librate de la muerte la vida amenazada del Niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad.

Y a cada uno de nosotros protégenos con tu constante patrocinio, para que, a ejemplo tuyo, y sostenidos por tu auxilio, podamos vivir y morir santamente y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Amén.

(León XIII)

Lectura Bíblica

“Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret». Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Felipe le contestó: «Ven y verás.» (Jn. 1, 45-46)

Meditación

“Ven y verás”: esa es la invitación con la que nos acercamos a conocer un poco más a José de Nazaret, aquel a quien queremos encomendar nuestra vida, nuestras parroquias y grupos apostólicos, y la comunidad entera de la archidiócesis de Toledo.

San José es un santo único. Lo veneramos como el hombre más cercano a Cristo. Sus virtudes y santidad son extraordinarios, hasta el punto de que muchos santos padres le han considerado el más luminoso de todos los santos, ejemplo de amor, humildad y dedicación a Jesús.

Esta conciencia viva del lugar especialísimo que san José tiene en el plan providencial de Dios, ha pasado por la experiencia y la pluma de muchos santos de todos los tiempos. Santa Teresa de Jesús, la gran doctora mística de Ávila, es testigo de su poderosa intercesión, cuando escribe en el libro de su Vida:

«Y tomé por abogado y señor al gloriosos san José y me encomendé mucho a él. Vi claro que, tanto de esta necesidad como de otras mayores, de perder la fama y el alma, este padre y señor mío me libró mejor de lo que yo lo sabía pedir. No me acuerdo hasta hoy de haberle suplicado nada que no me lo haya concedido. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, y de los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece que les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; pero a este glorioso santo tengo experiencia de que socorre en todas, y quiere el Señor darnos a entender, que así como le estuvo sometido en la tierra, pues como tenía nombre de padre, siendo custodio, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide» (Libro de la Vida 6,6)

En el siglo XIX, hubo un movimiento del sentir popular pidiendo la declaración del patrocinio de san José sobre toda la Iglesia. Entre los cientos de cartas que llegaron al escritorio de Pío IX estaba la de un sacerdote dominico, el Beato Juan José Lataste, en la que contaba al Papa que había ofrecido su vida para que llegase esa declaración pontificia. El Papa, muy movido por esa petición en particular, en la Solemnidad de la Inmaculada de 1870, invocaba *urbi et orbi* ese patrocinio en las misas de todas las basílicas pontificias en que se leyó el Decreto *Quemadmodum Deus* de la Sagrada Congregación de Ritos, donde se decía:

“Del mismo modo que Dios constituyó al otro José, hijo del patriarca Jacob, gobernador de toda la tierra de Egipto para que asegurase al pueblo su sustento, así al llegar la plenitud de los tiempos, cuando iba a enviar a la tierra a

su Hijo Unigénito para la salvación del mundo, designó a este otro José, del cual el primero era un símbolo, y le constituyó Señor y Príncipe de su casa y de su posesión y lo eligió por custodio de sus tesoros más preciosos. Porque tuvo por esposa a la inmaculada Virgen María, de la cual por obra del Espíritu Santo nació Nuestro Señor Jesucristo, tenido ante los hombres por hijo de José, al que estuvo sometido. Y al que tantos reyes y profetas anhelaron contemplar, este José no solamente lo vio, sino que conversó con él, lo abrazó, lo besó con afecto paternal y con cuidado solícito alimentó al que el pueblo fiel tomaría como pan bajado del cielo para la vida eterna. Por esta sublime dignidad que Dios confirió a su siervo bueno y fidelísimo, la Iglesia, después de su esposa, la Virgen Madre de Dios, lo veneró siempre con sumos honores y alabanzas e imploró su intercesión en los momentos de angustia. Y puesto que en estos tiempos tristísimos la misma Iglesia es atacada por doquier por sus enemigos y se ve oprimida por tan graves calamidades que parece que los impíos hacen prevalecer sobre ella las puertas del infierno, los venerables obispos de todo el orbe católico, en su nombre y en el de los fieles a ellos confiados, elevaron sus preces al Sumo Pontífice para que se dignara constituir a san José por patrono de la Iglesia Universal. Al haber sido renovadas con más fuerza estas mismas peticiones y deseos durante el Santo Concilio Ecuménico Vaticano, Nuestro Santísimo Papa Pío IX, conmovido por la luctuosa situación de estos tiempos, para ponerse a sí mismo y a todos los fieles bajo el poderosísimo patrocinio del santo patriarca José, quiso satisfacer los votos de los obispos y solemnemente lo declara PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL”.

Letanías de San José y Oración Final

Señor, ten misericordia de nosotros
Cristo, ten misericordia de nosotros.
Señor, ten misericordia de nosotros.

Cristo óyenos.
Cristo escúchanos.

Dios Padre celestial, ten misericordia de nosotros.
Dios Hijo, Redentor del mundo, ten misericordia de nosotros.
Dios Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros.
Santa Trinidad, un solo Dios, ten misericordia de nosotros.

Santa María, ruega por nosotros.
San José, ruega por nosotros.
Ilustre descendiente de David, ruega por nosotros.
Luz de los Patriarcas, ruega por nosotros.
Esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.
Casto guardián de la Virgen, ruega por nosotros.
Padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.
Celoso defensor de Cristo, ruega por nosotros.
Jefe de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.
José, justísimo, ruega por nosotros.
José, castísimo, ruega por nosotros.
José, prudentísimo, ruega por nosotros.
José, valentísimo, ruega por nosotros.
José, fidelísimo, ruega por nosotros.
Espejo de paciencia, ruega por nosotros.
Amante de la pobreza, ruega por nosotros.
Modelo de trabajadores, ruega por nosotros.
Gloria de la vida doméstica, ruega por nosotros.
Custodio de Vírgenes, ruega por nosotros.
Sostén de las familias, ruega por nosotros.

LOS SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ

Consuelo de los desgraciados, ruega por nosotros.
Esperanza de los enfermos, ruega por nosotros.
Patrón de los moribundos, ruega por nosotros.
Terror de los demonios, ruega por nosotros.
Protector de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: escúchanos, Señor,
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten misericordia de nosotros.

V.- Le estableció señor de su casa.

R.- Y jefe de toda su hacienda.

Oremos: Oh Dios, que en tu inefable providencia, te dignaste elegir a San José por Esposo de tu Santísima Madre: concédenos, te rogamos, que merezcamos tener por intercesor en el cielo al que veneramos como protector en la tierra. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén

II Domingo: 7 de febrero de 2021 La Paternidad Espiritual de San José



Oración Inicial

Glorioso San José, esposo de la Virgen María, dispéñanos tu protección paterna. Nosotros te suplicamos por el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.

Tú, cuya protección se extiende a todas las necesidades y sabe tornar posibles las cosas más imposibles, dirige tu mirada de padre sobre los intereses de tus hijos.

Recurrimos a ti, con confianza en las angustias y penas que nos oprimen; dignate tomar bajo tu caritativa protección este asunto importante y difícil que es la causa de nuestras inquietudes. Haz que su feliz desenlace sea para gloria de Dios y bien de sus servidores. Amén.

(San Francisco de Sales)

Lectura Bíblica

“Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. Así, las generaciones desde Abrahán a David fueron en total catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta el Cristo, catorce” (Mt. 1, 16-17).

Meditación

La designación como “Patrono”, etimológicamente designa a quien hace las funciones de “Padre”. Esta misión, que Dios encargó a san José en vida de Jesucristo, quedaba entonces reconocida respecto de toda la Iglesia. En muchas ocasiones hemos pensado en la maternidad espiritual de la Virgen, pero no siempre hemos caído en la cuenta de esa paternidad espiritual de san José sobre toda la Iglesia y sobre cada uno de nosotros.

La paternidad de san José sobre Jesús, aunque no fue física, tuvo todas las características de una verdadera paternidad. Su relación paternal con Jesús fue personal, afectuosa, y se prolongó durante muchos más años de los que pasó con sus mismos apóstoles. Como hombre, Jesús tuvo en José un modelo de masculinidad. Fue testigo del ejemplo diario de su padre, aprendió de Él las virtudes del trabajo, y podemos reconocer en su humanidad trazos de la humanidad de José. “En verdad, en verdad os digo: El Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que viere hacer al Padre” (Jn. 5, 19). Y José, fue, en lo humano determinante en su paternidad.

“José cumplió plenamente su papel paterno, en todo sentido. Seguramente educó a Jesús en la oración, juntamente con María. Él, en particular, lo habrá llevado consigo a la sinagoga, a los ritos del sábado, como también a Jerusalén, para las grandes fiestas del pueblo de Israel. José, según la tradición judía, habrá dirigido la oración doméstica tanto en la cotidianidad —por la

mañana, por la tarde, en las comidas—, como en las principales celebraciones religiosas. Así, en el ritmo de las jornadas transcurridas en Nazaret, entre la casa sencilla y el taller de José, Jesús aprendió a alternar oración y trabajo, y a ofrecer a Dios también la fatiga para ganar el pan necesario para la familia” (Benedicto XVI, Audiencia general del 28 de diciembre de 2011)

Así mismo, Jesucristo quiere que tengamos la paternidad espiritual de san José, porque no hay ningún hombre más capaz que san José de modelar la verdadera paternidad sobre cada uno de nosotros. Su paternidad espiritual y amorosa tiene el poder de acercarnos extremadamente a los Corazones de Jesús y de María, incrementar nuestra virtud, protegernos de las potencias malignas, y ayudarnos a alcanzar el cielo.

Este es el tiempo de san José. Muchos hombres no han tenido una buena experiencia de la paternidad. Él nos conducirá espiritualmente con todo lo que hace un padre: nos alimentará, nos dará educación, vestido, protección y corregirá cuando sea necesario.

“Somos hijos de María, y esta es nuestra gloria y nuestro consuelo. Pero también somos hijos adoptivos de san José y esto no es cosa menor, por la confianza que tenemos en él” (Beato Guillermo Chaminade).

Letanías de San José y Oración Final

III Domingo: 14 de febrero de 2021 **San José, Casto Esposo de María**



Oración Inicial

San José, guardián de Jesús y casto esposo de María, tú empleaste toda tu vida en el perfecto cumplimiento de tu deber, mantuviste a la Sagrada Familia de Nazaret con el trabajo de tus manos. Protege bondadosamente a los que recurren confiadamente a ti.

Tú conoces sus aspiraciones y sus esperanzas. Se dirigen a ti porque saben que los comprendes y proteges. También conociste pruebas, cansancio y trabajos.

Pero, aun dentro de las preocupaciones materiales de la vida, tu alma estaba llena de profunda paz y cantó llena de verdadera alegría por el íntimo trato que goza con el Hijo de Dios, el cual te fue confiado a ti a la vez que a María, su tierna Madre.

Ayúdanos a comprender que no estamos solos en nuestro trabajo, a saber descubrir a Jesús junto a nosotros, a acogerlo con la gracia y custodiarlo con fidelidad como tú lo hiciste.

Obtén que en nuestra familia todo sea santificado en la caridad, en la paciencia, en la justicia y en la búsqueda del bien. Amén.

(San Juan XXIII)

Lectura Bíblica

“La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.” (Mt. 1,18).

Meditación

“Ningún marido o mujer se han amado tanto entre sí como lo hicieron José y María” (Vble. Fulton J. Sheen). Existe una antigua celebración litúrgica, que ahora sólo tiene lugar en algunos santuarios, diócesis y congregaciones el 23 de enero, que es la “Fiesta de los Santos Esposos”, o de los desposorios de María y José. La fecha parece sacada de las revelaciones privadas de la Beata Ana Catalina Emmerick, y recuerda que “todo lo que se refiere al matrimonio de María y José ocurrió por una íntima disposición del Espíritu Santo” (San Buenaventura). Es muy hermoso celebrar en una fiesta litúrgica el misterio del matrimonio, en el que también meditamos cuando rezamos el segundo misterio luminoso del Santo Rosario, uno de los introducidos por san Juan Pablo II, aunque tienen su origen en San Jorge Preca de Malta. Contemplar el misterio de los desposorios de José y María ayuda a recordar a todos la santidad del matrimonio en un momento en el que es muy contestada la necesidad de este sacramento para la vida conyugal.

Este matrimonio tuvo la peculiaridad de ser el de aquellos que iban a acoger al Redentor del género humano. De ahí que no

nos extrañe en absoluto que, desde el primer momento de su unión, estuviese marcado por un cierto propósito de vivir en virginidad. “Es perfectamente acorde con la fe y el espíritu de la Iglesia, honrar como virgen no solo a la Madre de Dios, sino también a san José” (San Pedro Damiano). “Ambos, María y José habían hecho un voto de permanecer vírgenes todos los días de su vida; y Dios los quería unidos con el vínculo conyugal, sin contradicción en ello, sino por la peculiar confirmación de su singular unión con que se ayudarían por esa santa relación” (S. Francisco de Sales). “María perteneció a José y José a María, tanto que su matrimonio fue total desde el momento en que se entregaron uno al otro. ¿Cómo pudieron hacerlo? Por el triunfo de su pureza. Recíprocamente se dieron su virginidad, y a través de esta virginidad se entregaron el uno al otro su propio derecho. ¿Qué derecho? El de salvaguardar la virtud del otro” (S. Pedro Julián Eymard).

Muchos santos, místicos, estudiosos de las Sagradas Escrituras y teólogos, han afirmado esta paternidad virginal de san José. Muestra a un varón joven, con virtud heroica al desposarse con la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra, haciendo el enorme sacrificio de su mente, su cuerpo, sus sentidos y su corazón para hacerlo de esa forma tan pura y amorosa. En san José, Dios preparó un esposo, un guardián y un caballero para María. En la virtuosa humanidad de san José, María experimentó pureza, castidad, modestia y amor sacrificial. Y de esa manera, el matrimonio de María y José se convierte en un reflejo de la pureza y de la fecundidad de la generación del Hijo en el seno de la Trinidad.

“Creo que san José fue adornado con la más pura virginidad, la más profunda humildad y el más ardiente amor y caridad hacia Dios” (S. Bernardino de Siena).

Letanías de San José y Oración Final

IV Domingo: 21 de febrero de 2021 **Justicia y Santidad de José**



Oración Inicial

San José, esposo de la Virgen Madre de Dios, enséñanos incesantemente la verdad divina y la dignidad humana contenida en la vocación familiar.

San José, hombre de justicia, enséñanos el amor responsable hacia aquellos que Dios nos encomienda de forma especial: el amor entre los esposos, el amor entre padres e hijos. Enséñanos responsabilidad hacia cada vida, desde el primer momento de su concepción hasta su último instante sobre la tierra. Enséñanos un gran respeto por el don de la vida, enséñanos a adorar profundamente al Creador, Padre y Dador de la Vida.

San José, patrón del trabajo humano, asístenos en toda ocupación, en esa vocación del hombre sobre la tierra. Enséñanos a resolver los difíciles problemas conectados con el trabajo en la vida de cada generación, comenzando por los jóvenes y en todas las situaciones de la vida social de nuestro tiempo.

(San Juan Pablo II)

Lectura Bíblica

“José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados»” (Mt. 1, 19-21).

Meditación

“San José es el hombre justo, un incansable trabajador, el honesto guardián de los que se han confiado a su cuidado” (San Juan Pablo II).

La dignidad de san José es muy grande. En las letanías que san Pío X aprobó en su honor, se le llama “Ilustre descendiente de David”. No olvidemos que san José es descendiente del rey David. Tiene sangre de reyes, es “hijo de David”. Este título es un título mesiánico, que aparece diecisiete veces en el Nuevo Testamento aplicado sólo a Jesús y a José. En el momento más crucial de la historia de la salvación, el ángel llama así a san José, para recordarle su linaje real y las promesas asociadas. Pero esta especial providencia que preparó desde siglos la humanidad de san José, encontró, además, una generosa acogida y respuesta en la vida y obra del santo patriarca.

“Ser justo —santo— es estar perfectamente unido a la voluntad de Dios, conforme con ella en todo tipo de eventos, sean prós-

peros o adversos. Sin duda alguna, eso es lo que fue san José” (S. Francisco de Sales).

El evangelio apunta la “justicia” de san José al descubrir que María estaba encinta. Muchos santos y padres de la Iglesia han evitado ver aquí una especie de “duda” de José sobre la honestidad de María, lo que precisamente no se podría entender como consecuencia de su justicia. Lo explica muy bien Orígenes: “José era justo y la Virgen era Inmaculada. La duda por dejarla llegó cuando descubrió el poder de un milagro y un gran misterio al que se sentía indigno de aproximarse. Humillándose ante tan gran e inefable fenómeno, pensó en retirarse, justo como san Pedro se humilló ante el Señor y dijo ‘Apártate de mi, Señor, que soy un pecador’, o como el centurión dijo ‘No soy digno de que entres en mi casa...’, como Isabel dijo a María ‘¿Quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?’. De esta manera el justo José se humilló a si mismo y temió entrar en una unión con tan alta santidad”. San Basilio, San Efrén, San Juan Crisóstomo San Bernardo, santo Tomás de Aquino o santa Brígida, son solo algunos de los santos que han leído así ese momento crítico de la vida de José.

“Hay una regla general respecto a las gracias especiales que cada ser humano recibe. Cuando el Señor elige a alguien para recibir una gracia especial, o le propone aceptar una elevada vocación, Dios adorna la persona elegida con todos los dones del Espíritu necesarios para cumplir la misión. Esta regla general se verifica especialmente en el caso de san José” (S. Bernardino de Siena). San José, elegido para ser el protector de la Virgen y de Jesús, como también de cada uno de nosotros. En la medida en que tiene que seguir ayudándonos a caminar hacia la patria celeste, su misión sigue adelante. Él cuida de cada uno de sus amados hijos y pide el don del Espíritu Santo para que lleguemos a ser santos.

Letanías de San José y Oración Final

V Domingo: 28 de febrero de 2021 San José, Custodio del Redentor



Oración Inicial

Glorioso San José, modelo de todos aquellos que se dedican al trabajo, obtenedme la gracia de trabajar con espíritu de penitencia para la expiación de mis pecados; de trabajar en conciencia, poniendo el culto del deber por encima de mis inclinaciones; de trabajar con reconocimiento y alegría, considerando un honor el emplear y desarrollar por el trabajo los dones recibidos de Dios; de trabajar con orden, paz, moderación y paciencia, sin retroceder jamás ante la pereza y las dificultades; de trabajar sobre todo con pureza de intención y desprendimiento de mí mismo, teniendo sin cesar ante mis ojos la muerte y la cuenta que deberé rendir del tiempo perdido, de los talentos inutilizados, del bien omitido y de las vanas complacencias en el éxito, tan funestas para la obra de Dios. Todo por Jesús, todo por María, todo a imitación vuestra ¡oh Patriarca San José! Tal será mi divisa en la vida y en la muerte. Así sea.

(San Pío X)

Lectura Bíblica

“El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi hijo»” (Mt 2, 13-15).

Meditación

Custodio del Redentor, así llamó Juan Pablo II a san José en la hermosa carta apostólica que le dedicó. Hay una bella tradición, que desde el siglo XVI contempla los siete dolores y gozos de san José en su camino como protector de Jesucristo, que van contraponiendo los aspectos agrídulces que aparecen en los diversos misterios de su infancia: el anuncio, su nacimiento en pobreza, la circuncisión e imposición del Nombre de Jesús, la presentación, la huida a Egipto, la vida de Nazaret y la pérdida y el hallazgo en el Templo. Todos ellos contienen un elemento de dicha y en todos ellos se vislumbra que Jesús es el Redentor, llamado a salvar a los hombres en la Cruz.

“Dar vida a alguien es el más grande de todos los regalos. Salvarle la vida es el siguiente. ¿Quién dio vida a Jesús? Fue María. ¿Quién salvó su vida? Fue José. Pregunta a san Pablo quién le persiguió; pregunta a san Pedro quién le negó; pregunta a todos los santos quién le llevó a la muerte. Pero si preguntamos ‘¿quién salvó su vida?’, callad patriarcas, profetas, apóstoles, confesores y mártires. Dejemos a san José hablar, porque él y solo él es el salvador del mismo Salvador” (Beato Chaminade).

Los corazones de Jesús, María y José son una sola cosa. Como lo es su misión. Jesucristo es el Salvador del Mundo, pero ha querido que su madre y su padre tengan una participación única

en la obra de la redención. De la sacrificial paternidad de san José aprendemos que está dispuesto a seguir ejerciéndola sobre los que nos encomendamos a su protección. En nuestros calvarios, san José nos ofrece su consuelo, y la fuerza para abrazar por amor todas nuestras cruces. Cuentan las crónicas que los sacerdotes polacos que fueron prisioneros en el campo de concentración nazi de Dachau, encomendaron a san José su cuidado y liberación. Lo hicieron por primera vez el 8 de diciembre de 1940, pero renovaron ese acto común de consagración frecuentemente. Muchos sobrevivieron hasta la liberación en 1945 y atribuyeron a san José su salvación, organizando una peregrinación colectiva al santuario de San José en Kalisz (Polonia) que se ha seguido realizando año tras año. En 1995 todavía vivían 37 de aquellos sacerdotes, y aunque hoy ya no vive ninguno, su historia está en el museo del santuario.

La protección de san José se extiende desde las circunstancias extraordinarias hasta las más ordinarias. Le llamamos “modelo de la vida doméstica”, y nos gozamos en contemplar sus días en el taller de Nazaret. “Con san José, los cristianos aprenden lo que significa pertenecer a Dios y asumir plenamente el propio lugar entre los hombres, santificando el mundo. Ve a conocer a José y encontrarás a Jesús. Habla a José y encontrarás a María, que siempre derrama paz en el atrayente taller de Nazaret” (S. José María Escrivá).

Letanías de San José y Oración Final

VI Domingo: 7 de marzo de 2021 Los silencios de san José



Oración Inicial

Oh san José, cuya protección es tan grande, tan fuerte y tan inmediata ante el trono de Dios, a ti confío todas mis intenciones y deseos. Ayúdame, san José, con tu poderosa intercesión, a obtener todas las bendiciones espirituales por intercesión de tu Hijo adoptivo, Jesucristo Nuestro Señor, de modo que, al confiarme, aquí en la tierra, a tu poder celestial, Te tribute mi agradecimiento y homenaje. Oh san José, yo nunca me canso de contemplarte con Jesús adormecido en tus brazos. No me atrevo a acercarme cuando Él descansa junto a tu corazón. Abrázale en mi nombre, besa por mí su delicado rostro y pídele que me devuelva ese beso cuando yo exhale mi último suspiro. ¡San José, patrono de las almas que parten, ruega por mí! Amén.

Lectura Bíblica

“Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, coge al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño». Se levantó, tomó al niño y a su madre y volvió a la tierra de Israel. Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes tuvo miedo de ir allá. Y avisado en sueños se retiró a Galilea y se estableció en una ciudad llamada Nazaret. Así se cumplió lo dicho por medio de los profetas, que se llamaría nazareno” (Mt. 2, 19-23).

Meditación

Podríamos decir que la vocación de san José es una vocación de adoración perpetua. Durante sus 30 años de vida doméstica, la casa de Nazaret fue un santuario de oración y adoración. “San José es un adorador perfecto, enteramente consagrado a Jesús, trabajando siempre junto a Jesús, dándole sus virtudes, su tiempo, su entera vida; y en ello, es nuestro modelo e inspiración” (S. Pedro Julián Eymard).

De esa unión íntima con el Señor, nace también la vitalidad espiritual de san José, que va adelante en medio de mucho silencio y ocultamiento. Muchos santos creen que José acompañó a María en su visita a Isabel, aunque el evangelio no dice nada al respecto. Sería difícil pensar en una mujer viajando sola en un trayecto semejante. ¡Qué hermoso camino de adoración silenciosa ante el Arca de la Nueva Alianza vivirá José!

“Ninguna palabra suya está registrada en el Evangelio. Su lenguaje es el silencio” (S. Pablo VI). El hombre que enseñó a Jesús a hablar, con sus expresiones, coloquialismo, acento... y, sin embargo, no conservamos ninguna de las palabras de José en el Nuevo Testamento. Sus acciones hablan más fuerte que las

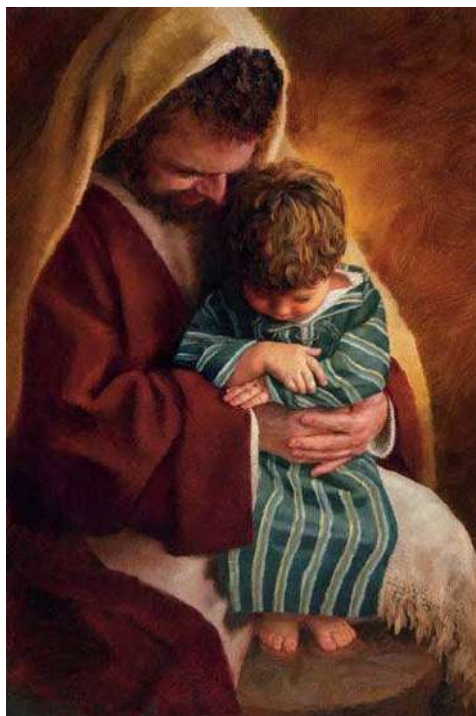
palabras. El silencio y la humildad de José son el fundamento de su grandeza. “Dejémonos “contagiar” por el silencio de san José. Nos es muy necesario, en un mundo a menudo demasiado ruidoso, que no favorece el recogimiento y la escucha de la voz de Dios” (Benedicto XVI).

El Papa Francisco ha popularizado una imagen de san José durmiendo que tiene mucho que enseñarnos. Dios es un Padre, que ha creado el sueño como parte de su plan providente. Como padre, disfruta viendo a sus hijos descansar pacíficamente. Incluso, sabemos que, en ocasiones, se ha comunicado con los hombres en sueños, como es el caso de José, a quien regaló importantes mensajes en sus sueños. El sueño de san José es orante, especialmente ahora que ya no duerme pero descansa en el Señor. Podemos encomendarle nuestras intenciones a aquel que descubrió e hizo la voluntad de Dios manifestada en su sueño. Pero además, el sueño de san José nos enseña que el descanso forma parte del plan de Dios, en un mundo de actividad frenética, de adicción a la actividad y de sobreestimulación en muchos niveles. El sueño refresca el alma y agrada a Dios también.

Pon nuestras necesidades en tu corazón, oh José, y preséntalas a Jesús. Ayúdanos a escuchar la voz de Dios, a levantarnos y a poner su palabra en práctica con amor.

Letanías de San José y Oración Final

VII Domingo: 14 de marzo de 2021
La devoción a san José



Oración Inicial

Glorioso San José, protector, modelo y guía de las familias cristianas: Te ruego protejas a la mía. Haz reinar en ella el espíritu de fe y de religión, la fidelidad a los mandamientos de Dios y de la Iglesia, la paz y la unión de los hijos, el desprendimiento de los bienes temporales y el amor a los asuntos del cielo.

Dígnate velar sobre todos nuestros intereses. Ruega al Señor que bendiga nuestra casa. Otorga la paz a la familia, acierto a los hijos en la elección de estado. Concede a todos los miembros de nuestra familia y de todas las familias de la tierra, la gracia de vivir y morir en el amor de Jesús y de María. Amén.

Lectura Bíblica

“Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc. 2, 51-52).

Meditación

“Id a José y haced lo que él os diga” (Gn. 41, 55). Esta expresión del Faraón de Egipto, referida a José, el hijo de Jacob, en el Antiguo Testamento, ha sido acomodaticamente utilizada para hablar de la poderosa intercesión de san José. “El faraón exaltó a José y le hizo príncipe de su reino, porque almacenó el grano y el pan y salvó su entero reino. San José ha salvado y protegido a Cristo, que es el Pan de la Vida y da la vida eterna al mundo” (San Lorenzo de Brindis).

La intercesión admirable que san José ha dispensado frente a las necesidades de las personas y de los pueblos, le ha hecho merecer un múltiple patrocinio ante las situaciones más adversas.

A san José se le invoca como patrono de la buena muerte. “Desde la conciencia de que todos hemos de pasar por el trance de la muerte, deberíamos invocar muy especialmente a san José, para que nos obtenga una muerte santa” (S. Alfonso María de Liguorio). Pensamos que san José murió antes que Jesús, pues, de otra manera, seguramente hubiera estado presente en el Calvario, probablemente antes incluso de su vida pública, para no oscurecer la primacía del Padre Celestial. De manera que podemos pensar en una muerte santa acompañado de las personas más santas sobre la faz de la tierra, Jesús y María. Gran parte de la literatura espiritual ha imaginado este momento como el icono de la muerte perfecta, modelo de todos aquellos que quieren vivir y morir en el Señor. Una piadosa tradición, citada incluso en una homilía por san Juan XXIII, sostiene la creencia de que san

José habría sido también asunto al cielo, junto a otros santos del antiguo testamento, tal como señala san Mateo en su evangelio que ocurrió tras la muerte de Jesucristo (cf. Mt. 27, 52-53).

También, una invocación popular, se dirige a san José como “terror de los demonios”. Testimonio de su poderosa intercesión frente a las potencias del mal da el Beato Bartolo Longo, fundador del Santuario de Ntra. Sra. del Rosario en Pompeya, que durante una juventud muy escabrosa en la que coqueteó con prácticas espiritistas y asociaciones satánicas, quedó bajo la influencia del demonio. Liberado por la intercesión de la Virgen y de san José, hecho terciario dominico y devoto del santo rosario, consagró su vida a extender su devoción. “Pronuncia con frecuencia los nombres de Jesús, María y José. Sus nombres traen paz, amor, salud, bendiciones, gloria, admiración, alegría y veneración. Sus santos nombres son una bendición para los hombres y los ángeles, y un terror para los demonios. Los cristianos deberían siempre tener los nombres de Jesús, María y José en sus labios y en su corazón” (Beato Bartolo Longo).

Cada miércoles, según una venerable tradición, la Iglesia tiene especialmente presente a san José, el día que media entre los dedicados más directamente Jesús (el domingo) y a la Virgen (el sábado). En este año “jubilar” en honor de san José, la Penitenciaría Apostólica ha prevista indulgencia plenaria a aquellos que “cualquier oración o acto de piedad legítimamente aprobado en honor de San José [...] cada miércoles, día dedicado a la memoria del Santo según la tradición latina”. Muchos sacerdotes tienen la costumbre de celebrar la misa votiva de san José en aquellos miércoles en que no hay otra celebración preferente en el calendario litúrgico. “Cada miércoles, hacer algo por san José, una oración, una lectura espiritual, alguna mortificación, ofrecerle algo de mí” (S. Juan XXIII, *Diario del alma*). El mes de marzo es un mes también lleno de la presencia del santo patriarca, y en nuestra nación muy especialmente ligado a su patrocinio sobre las vocaciones sacerdotales.

La Venerable María de Ágreda recogía, de sus experiencias místicas, una lista de siete privilegios que acompañan a la devoción a san José, que después ha popularizado la piedad cristiana: 1) alcanzar la virtud de la pureza y vencer las inclinaciones sensuales de la carne, 2) procurar ayuda poderosa para escapar del pecado y recuperar la amistad con Dios, 3) incrementar el amor y la devoción a Santa María, 4) asegurar la gracia de una muerte santa y protección contra los demonios en esa hora, 5) someter a los demonios con terror en la mención de su nombre, 6) alcanzar salud del cuerpo y asistencia en toda clase de dificultades, 7) acompañar el crecimiento de los hijos en las familias.

En las letanías de san José, aprobadas por san Pío X, tenemos otras tantas consideraciones que la espiritualidad cristiana ha reconocido en el conocimiento y el trato con el santo patriarca. En nuestro camino para celebrar su solemnidad del 19 de marzo de este año “jubilar”, ojalá hayamos gustado su influjo espiritual y pongamos nuestra vida y ocupaciones bajo su manto y protección.

“San José, con el amor y generosidad con el que guardó a Jesús, guarda también tu alma. Como le defendió de Herodes, te defiende del demonio. Todo el cuidado que tuvo por Jesús lo tiene por ti y te ayudará siempre con su patrocinio. *Ite ad Joseph!* Id a José con extrema confianza, porque no recuerdo haberle pedido algo a san José sin haberlo obtenido pronto” (S. Pío de Pietrelcina).

Letanías de San José y Oración Final





Carta Apostólica *PATRIS CORDE* del Santo Padre Francisco

CON MOTIVO DEL 150.º ANIVERSARIO DE LA DECLARACIÓN
DE SAN JOSÉ COMO PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «*el hijo de José*»[1].

Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fuese y la misión que la Providencia le confió.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. *Mt* 13,55), desposado con María (cf. *Mt* 1,18; *Lc* 1,27); un «hombre justo» (*Mt* 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. *Lc* 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. *Mt* 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (*Lc* 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. *Lc* 2,8-20) y de los Magos (cf. *Mt* 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,21). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. *Lc* 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. *Mt* 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea —de donde, se decía: “No sale ningún profeta” y “no puede salir nada bueno” (cf. *Jn* 7,52; 1,46)—, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. *Lc* 2,41-50).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica»[2], el venerable Pío XII lo presentó como “Patrono de los trabajadores”[3] y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor»[4]. El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte»[5].

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como *Patrono de la Iglesia Católica*, quisiera —como dice Jesús— que “la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón” (cf. *Mt* 12,34), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre

esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos»[6]. Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

1. Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo[7].

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio

al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»[8].

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos[9].

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él[10].

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “*Ite ad Ioseph*”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (*Gn* 41,55). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. *Gn* 37,11-28) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. *Gn* 41,41-44).

Como descendiente de David (cf. *Mt* 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta

Natán (cf. *2 Sam 7*), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (*Lc 2,52*). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. *Os 11,3-4*).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (*Sal 103,13*).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura[11], que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (*Sal 145,9*).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (*Rm 4,18*) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (*2 Co 12,7-9*).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura[12].

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros.

El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. *Ap* 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. *Lc* 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

3. Padre en la obediencia

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad[13].

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»[14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (*Mt* 1,19). En el

primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (*Mt* 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (*Mt* 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (*Mt* 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. *Mt* 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (*Mt* 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (*Mt* 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. *Lc* 2,1-7).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24)[15].

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “*fiat*”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn* 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia[16] y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (*Flp* 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»[17].

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supe-
editar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la

fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio»[18].

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (*Jb* 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (*Mt* 1,20), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!». Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en

un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3,20).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (Rm 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (*etiam illud quod malum dicitur*)»[19]. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).

5. Padre de la valentía creativa

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de no-

sotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. *Lc 2,6-7*). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. *Mt 2,13-14*).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la “buena noticia” del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del paralítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. *Lc* 5,17-26). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al paralítico: “¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!”» (vv. 19-20). Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. *Mt* 1,24; 2,14.21). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro más preciado de nuestra fe[21].

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz»[22].

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María[23]. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (*Mt 25,40*). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son “el Niño” que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre *el Niño y su madre*.

6. Padre trabajador

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva “normalidad” en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el

trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploramos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

7. Padre en la sombra

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre*[24], noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (*Dt* 1,31). Así José ejerció la paternidad durante toda su vida[25].

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejerce la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (*1 Co* 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (*ibíd.*). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no

para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un

padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho “inútil”, cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen “padre” a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (*Mt* 23,9).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (*Mt* 5,45); y sombra que sigue al Hijo.

* * *

«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (*Mt* 2,13), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán[26] y Moisés[27], como hace Jesús, «único mediador» (*1 Tm* 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (*1 Jn* 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (*Hb* 7,25; cf. *Rm* 8,34).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»[28]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11,29), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (*1 Co* 4,16)[29]. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»[30].

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirigamos nuestra oración:

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

*Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad
de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María,
del año 2020, octavo de mi pontificado.*

FRANCISCO

[1] *Lc* 4,22; *Jn* 6,42; cf. *Mt* 13,55; *Mc* 6,3.

[2] S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): *ASS* 6 (1870-71), 194.

[3] Cf. *Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero* (1 mayo 1955): *AAS* 47 (1955), 406.

[4] Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989): *AAS* 82 (1990), 5-34.

[5] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1014.

[6] *Meditación en tiempos de pandemia* (27 marzo 2020): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (3 abril 2020), p. 3.

[7] *In Matth. Hom*, V, 3: *PG* 57, 58.

[8] *Homilía* (19 marzo 1966): *Insegnamenti di Paolo VI*, IV (1966), 110.

[9] Cf. *Libro de la vida*, 6, 6-8.

[10] Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes, recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José: «Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén».

[11] Cf. *Dt* 4,31; *Sal* 69,17; 78,38; 86,5; 111,4; 116,5; *Jr* 31,20.

[12] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 88, 288: *AAS* 105 (2013), 1057, 1136-1137.

[13] Cf. *Gn* 20,3; 28,12; 31,11.24; 40,8; 41,1-32; *Nm* 12,6; *I Sam* 3,3-10; *Dn* 2; 4; *Jb* 33,15.

[14] En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. *Dt* 22,20-21).

[15] Cf. *Lv* 12,1-8; *Ex* 13,2.

[16] Cf. *Mt* 26,39; *Mc* 14,36; *Lc* 22,42.

- [17] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989), 8: *AAS* 82 (1990), 14.
- [18] *Homilía en la Santa Misa con beatificaciones*, Villavicencio – Colombia (8 septiembre 2017): *AAS* 109 (2017), 1061.
- [19] *Enchiridion de fide, spe et caritate*, 3.11: *PL* 40, 236.
- [20] Cf. *Dt* 10,19; *Ex* 22,20-22; *Lc* 10,29-37.
- [21] Cf. S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): *ASS* 6 (1870-71), 193; B. Pío IX, Carta ap. *Inclytum Patriarcham* (7 julio 1871): *L.c.*, 324-327.
- [22] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 58.
- [23] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 963-970.
- [24] Edición original: *Cieñ Ojca*, Varsovia 1977.
- [25] Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos*, 7-8: *AAS* 82 (1990), 12-16.
- [26] Cf. *Gn* 18,23-32.
- [27] Cf. *Ex* 17,8-13; 32,30-35.
- [28] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 42.
- [29] Cf. *1 Co* 11,1; *Flp* 3,17; *1 Ts* 1,6.
- [30] *Confesiones*, 8, 11, 27: *PL* 32, 761; 10, 27, 38: *PL* 32, 795.



DECRETO

Se concede el don de indulgencias especiales con ocasión del Año de San José, convocado por el Papa Francisco para celebrar el 150 aniversario de la proclamación de San José como Patrono de la Iglesia universal

Hoy se cumple el 150 aniversario del decreto *Quemadmodum Deus*, por el cual el Beato Pío IX, conmovido por las graves y luctuosas circunstancias en las que se encontraba una Iglesia acosada por la hostilidad de los hombres, declaró a san José Patrono de la Iglesia Católica.

Para perpetuar la dedicación de toda la Iglesia al poderoso patrocinio del Custodio de Jesús, el Papa Francisco ha establecido que, desde hoy, el aniversario del decreto de proclamación así como el día consagrado a la Virgen Inmaculada y esposa del casto José, hasta el 8 de diciembre de 2021, se celebre un Año especial de San José, en el que cada fiel, siguiendo su ejemplo, pueda fortalecer diariamente su vida de fe en el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios.

Todos los fieles tendrán así la oportunidad de comprometerse, con oraciones y buenas obras, para obtener, con la ayuda de San José, cabeza de la celestial Familia de Nazaret, consuelo y alivio de las graves tribulaciones humanas y sociales que afligen al mundo contemporáneo.

La devoción al Custodio del Redentor se ha desarrollado ampliamente a lo largo de la historia de la Iglesia, que no sólo le atribuye uno de los cultos más altos después del de la Madre de Dios su esposa, sino que también le ha otorgado muchos patrocinios.

El Magisterio de la Iglesia sigue descubriendo grandezas antiguas y nuevas en este tesoro que es San José, como el padre de Evangelio de Mateo «que extrae de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mt 13, 52).

De gran beneficio para la perfecta consecución del fin que se persigue será el don de las Indulgencias que la Penitenciaría Apostólica, por medio del presente decreto emitido de acuerdo con la voluntad del Papa Francisco, concede benévolamente durante el Año de San José.

La indulgencia plenaria se concede en las condiciones habituales (confesión sacramental, comunión eucarística y oración según las intenciones del Santo Padre) a los fieles que, con espíritu desprendido de cualquier pecado, participen en el Año de San José en las ocasiones y en el modo indicado por esta Penitenciaría Apostólica.

— a. San José, auténtico hombre de fe, nos invita a redescubrir nuestra relación filial con el Padre, a renovar nuestra fidelidad a la oración, a escuchar y responder con profundo discernimiento a la voluntad de Dios. La Indulgencia plenaria se concede a aquellos que mediten durante al menos 30 minutos en el rezo del Padre Nuestro, o que participen en un retiro espiritual de al menos un día que incluya una meditación sobre San José;

— b. El Evangelio atribuye a San José el título de «hombre justo» (cf. Mt 1,19): él, guardián del «íntimo secreto que se halla en el fondo del corazón y del alma»[1], depositario del misterio de Dios y, por tanto, patrono ideal del foro interior, nos impulsa a redescubrir el valor del silencio, de la prudencia y de la lealtad en el cumplimiento de nuestros deberes. La virtud de la justicia practicada de manera ejemplar por José es la plena adhesión a la ley divina, que es la ley de la misericordia, «porque es precisamente la misericordia de Dios que lleva a cumplimiento la verdadera justicia»[2]. Por lo tanto, aquellos que, siguiendo el ejemplo de San José, realicen una obra de misericordia corporal o espiritual, también podrán lograr el don de la Indulgencia plenaria;

— c. El aspecto principal de la vocación de José fue ser custodio de la Sagrada Familia de Nazaret, esposo de la Santísima Virgen María y padre legal de Jesús. Para que todas las familias cristianas sean estimuladas a recrear el mismo clima de íntima comunión, amor y oración que se vivía en la Sagrada Familia, se concede la Indulgencia Plenaria por el rezo del Santo Rosario en las familias y entre los novios.

— d. El 1 de mayo de 1955, el Siervo de Dios Pío XII instituyó la fiesta de San José obrero, «con la intención de *que todos reconozcan la dignidad del trabajo y que ella inspire la vida social y las leyes fundadas sobre la equitativa repartición de derechos y de deberes*». [3]. Podrá, por lo tanto, conseguir la indulgencia plenaria todo aquel que confíe diariamente su trabajo a la protección de San José y a todo creyente que invoque con sus oraciones la intercesión del obrero de Nazaret, para que los que buscan trabajo lo encuentren y el trabajo de todos sea más digno.

— e. La huida de la Sagrada Familia a Egipto «nos muestra Dios está allí donde el hombre está en peligro, allí donde el hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono»[4]. Se concede la indulgencia plenaria a los fieles que recen la letanía de San José (para la tradición latina), o el

Akathistos a San José, en su totalidad o al menos una parte de ella (para la tradición bizantina), o alguna otra oración a San José, propia de las otras tradiciones litúrgicas, en favor de la Iglesia perseguida ad intra y ad extra y para el alivio de todos los cristianos que sufren toda forma de persecución.

Santa Teresa de Ávila reconoció en San José al protector de todas las circunstancias de la vida: «A otros parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas»[5]. Más recientemente, San Juan Pablo II reiteró que la figura de San José adquiere «una renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo, en relación con el nuevo milenio cristiano»[6].

Con el fin de reafirmar la universalidad del patrocinio de la Iglesia por parte de San José, además de las ocasiones mencionadas, la Penitenciaría Apostólica concede una indulgencia plenaria a los fieles que recen cualquier oración o acto de piedad legítimamente aprobado en honor de San José, por ejemplo «A ti», oh bienaventurado José», especialmente el 19 de marzo y el 1 de mayo, fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, el domingo de San José (según la tradición bizantina), el 19 de cada mes y cada miércoles, día dedicado a la memoria del Santo según la tradición latina.

En el actual contexto de emergencia sanitaria, el don de la indulgencia plenaria se extiende particularmente a los ancianos, los enfermos, los moribundos y todos aquellos que por razones legítimas no pueden salir de su casa, los cuales, con el ánimo desprendido de cualquier pecado y con la intención de cumplir, tan pronto como sea posible, las tres condiciones habituales, en su propia casa o dondequiera que el impedimento les retenga, recen un acto de piedad en honor de San José, consuelo de los enfermos y patrono de la buena muerte, ofreciendo con confianza a Dios los dolores y las dificultades de su vida.

DECRETO DE LA PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

Para que el logro de la gracia divina a través del poder de las Llaves sea facilitado pastoralmente, esta Penitenciaría ruega encarecidamente que todos los sacerdotes con las facultades apropiadas se ofrezcan con un ánimo dispuesto y generoso a la celebración del sacramento de la Penitencia y administren a menudo la Sagrada Comunión a los enfermos.

Este decreto es válido para el Año de San José, no obstante cualquier disposición en contrario.

Dado en Roma, por la Sede de la Penitenciaría Apostólica, el 8 de diciembre de 2020.

Mauro Card. Piacenza
Penitenciario Mayor

Krzysztof Nykiel
Regente

[1] Pío XI, *Discurso con motivo de la proclamación de las virtudes heroicas de la Sierva de Dios Emilia de Vialar* en “L’Osservatore Romano”, año LXXV, n.67, marzo 1935.I.

[2] Francisco, *Audiencia general* (3 de febrero de 2016).

[3] Pío XII, *Discurso con motivo de la solemnidad de san José obrero*, (1 de mayo de 1955) en *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII*, XVII 71-76.

[4] Francisco, *Angelus* (29 diciembre 2013).

[5] Teresa de Ávila, *Libro de La Vida*, VI, 6.

[6] Juan Pablo II, *Exhortación apostólica Redemptoris Custos*, sobre la figura y misión de San José en la vida de Cristo y de la Iglesia (15 agosto 1989).



San José del Evangelio, ruega por nosotros

**San José Patrono de la Iglesia Universal. En el 150º
aniversario de la proclamación de su patrocinio**

El próximo 8 de diciembre del presente 2020, se cumplirán los 150 años del Decreto “Quemadmodum Deus” (ASS 6, 1870/71, 193-194), por el que el Beato Pío IX, proclamó Patrono de la Iglesia Universal al Bienaventurado San José. El Papa quiso poner a toda la Iglesia bajo la protección del Cabeza de la Sagrada Familia en la tierra, con la confianza de que, así como había protegido y guardado al Niño Jesús durante su vida terrena, así también ahora continuaría esa misión favoreciendo a la Iglesia desde el cielo.

Este gesto pontificio marca un hito en el cariño y la devoción a San José de toda la Iglesia. Recordemos como también el Papa Juan XXIII lo proclamó patrón y protector del Concilio Vaticano II. Más recientemente tuvimos el regalo de esa preciosa carta apostólica “Redemptoris Custos” con la que San Juan Pablo II quiso subrayar el papel de San José en la obra de la redención. Y ya en nuestros días, providencialmente, el Papa Francisco inauguró su ministerio apostólico en la Solemnidad

de San José. La importancia que para el Papa tiene la figura de San José quedó expresada al poco tiempo de comenzar su pontificado cuando mandó que se incluyera en las plegarias eucarísticas el memento del santo patriarca. Son repetidas las ocasiones que hemos escuchado al Papa manifestarnos su particular cercanía al esposo de la Virgen María. En el viaje que hizo a Filipinas el año 2015 dijo a los periodistas: a: *“Quisiera decirles una cosa muy personal. Yo quiero mucho a San José. Porque es un hombre fuerte y de silencio. Y tengo en mi escritorio una imagen de San José durmiendo. Y durmiendo cuida a la Iglesia. Sí, puede hacerlo. Nosotros no”*.

La cercanía de San José como protector de la Iglesia y de nuestras vidas nos llena de alegría y esperanza. Son muchos los aspectos en los que hoy nos pueden ayudar San José. En su escuela aprendemos a amar. Amar en primer lugar sin ningún protagonismo. Nos sorprende y sobrecoge como todo lo que hizo San José fue expresión de su altísima caridad, para con la Virgen, para con Jesús y lo hizo sin apariencias, sin ruido, sin buscar que nadie se lo reconociera. En segundo lugar, San José nos invita a amar sin poseer. El amor de San José es un amor oblativo. Siempre lo vemos en actitud de servicialidad y ofrenda. Toda su vida fue un autentico ofertorio. Puso todo su ser, sus cualidades al servicio de Dios y de la misión que El le confió; custodiar a la Sagrada Familia. Decía San Francisco de Asís que “lo contrario del amor no es el odio sino la posesión”. San José nos enseña hoy a todos, muy especialmente a los esposos, también a los sacerdotes, a los jóvenes y a los niños a amar sin afán de poseer a los demás, sino de servirles y ofrecerles lo mejor de nosotros mismos. La tercera actitud que podemos aprender es la de su modo de amar en silencio. Santa Teresa le dio el título a San José de “maestro de la vida interior”. Mirándole a El aprendemos a vivir una vida oculta, silenciosa, en la que el primado de la vida interior nos lleve a hacer la cosas desde las razones más profundas

que anidan en nuestra alma. Hemos de aprovechar las actuales circunstancias de pandemia y confinamiento para disfrutar de más tranquilidad y silencio en nuestros corazones. El silencio nos dispone a estar más atentos a lo que Dios quiere y más dispuestos a las necesidades de los que están cerca y nos necesitan.

Aprovechemos esta celebración de los 150 años de la proclamación de San José como patrono de la Iglesia Universal para aprender su modo de amar y para confiarnos a su protección como Iglesia Universal y particular; confiemos nuestras parroquias, asociaciones y familias a su cuidado y patrocinio.

Encomendamos muy especialmente a San José, nuestra querida Archidiócesis de Toledo, su seminario y todo el pueblo de Dios que camina en esta tierra.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
y Primado de España

Oración a San José para poner bajo su protección a la Archidiócesis de Toledo

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate, padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal.*

*Llenos de confianza en tu poder e intercesión
queremos confiar a tu especial protección a nuestra archidiócesis;
con nuestras parroquias y sacerdotes,
con nuestros religiosos y vida consagrada,
con las familias, los jóvenes y los niños,
con los ancianos y enfermos, con los más pobres y necesitados.*

*Danos tu corazón de padre
para hacer de nuestra iglesia que camina en Toledo,
una iglesia con corazón, que sabe responder con ilusión y esperanza
a las inquietudes y necesidades de nuestros hermanos los hombres,
anunciando con pasión y bondad
la belleza, novedad y alegría del Evangelio.*

*Celestial Protector de la Iglesia,
atiende nuestra súplica,
para que cogidos de tu mano bondadosa
podamos santamente vivir, piadosamente morir
y alcanzar en el cielo la eterna bienaventuranza. Amén.*

